

La memoria atrapada en la cartografía

Cuando nos asomamos a estos antiguos planos, asistimos a representaciones plásticas y cartográficas de pueblos olvidados, irreconocibles, pero que forman parte de la Historia y cultura burgalesa.

Carlos A. Hernández

A 120 km. por hora no tenemos tiempo apenas para saborear la majestuosidad del desfiladero de Pancorbo, o aprehender con una sola mirada, el espacio entre Espinosa de los Monteros y Cuesta Ahedo. Tampoco quedan evidencias visibles de la ermita de Santa Lucía de Villagonzalo Pedernales y la red de antiquísimos caminos que serpenteaban comunicando Castañares, San Medel, San Pedro Cardeña y Orbaneja es indivisible, aún cuando utilicemos las bondades del Google Earth.

Hay un cierto Burgos que continua inexplorado, constreñido por las rígidas fronteras de los mapas. La memoria es la dueña del pasado edificador por excelencia del presente que es en definitiva responsable y proyectista del futuro. Siempre, aunque parezca verdad de perogrullo, somos un poco lo que fuimos, y esa porción, por muy infinitesimal que sea, condiciona nuestro espíritu y cultura.

Para rastrear con innegable certeza los orígenes de la cartografía, debemos adentrarnos en los dominios de Cronos, buscar muy atrás en el tiempo, bucear en siglos y milenios pasados. Acaso las inquietas arenas de una playa contuvieron durante minutos los primeros trazos humanos cuyo objetivo era figurar esquemáticamente la realidad. Es posible que el polvoriento suelo de un campo de batalla haya sido testigo elocuente y efímero del pensamiento táctico previo al combate, dibujándose las estrategias por las que en minutos, morirían cientos y miles de seres humanos. Lo cierto es que la representación cartográfica responde, entre otros factores, a la necesidad de exteriorizar y compartir el pensamiento y la percepción humana sobre el entorno, desde el más inmediato al más lejano; de ahí que utilicemos mapas desde antaño. Primero debió tratarse de intentos para fijar espacios, trayectos y localizaciones facilitando el complejo proceso de los desplazamientos, con la garantía no vagar de forma peligrosa por medios desconocidos y hostiles.

Hay consenso en admitir que los primeros mapamundis, más o menos como los conceptualizamos en la actualidad, aparecieron aproximadamente en el siglo IV antes de Cristo, en la antigua Babilonia mostrando la concepción geográfica de aquellos tiempos. Se trata de una tablilla de arcilla en cuya superficie aparece grabado lo que los babilónicos consideraban habitable, una superficie plana dividida por los ríos Tigris y Eufrates, en forma de dos líneas verticales al plano.

De la antigüedad grecolatina se sabe que hubo cartas, pero desafortunadamente no llegaron hasta nuestros días. El esfuerzo por establecer la información teórica motivó que los sabios griegos consiguieran grandes avances en ciencias tan importantes como la astronomía, cosmología y geometría, posibilitando esto un nuevo enfoque, una forma más completa en la percepción que el Hombre conseguía de su hábitat. Justamente ello permitió que Parménides (514-450 a.C.), diera un paso definitivo, postulando la esfericidad de la Tierra.

Poco se avanzó en los siglos siguientes e incluso muchos investigadores sostienen que al comenzar la Edad Media fue retrocediendo el interés por la cartografía científica, suplantada por una visión fundamentalmente signada por su orientación religiosa y simbólica. De esta época tenemos mapamundis en los beatos de Santo Domingo de Silos (1106), Las Huelgas, (1220) y Burgos de Osma (). El Renacimiento abrió nuevos caminos que llevarían a conocer mejor la geografía de la Tierra. Las fronteras perdieron su inmovilidad centenaria y eran constantemente desplazadas bajo el empuje de exploradores afanados por conseguir redimensionar espacios. La cartografía era vital para soportar, planificar y garantizar el éxito de estos ambiciosos proyectos y su desarrollo fue concomitante con la nueva era que se abrió cuando las naves colombinas fondearon en Guahananí.

A partir del siglo XVI la cartografía ganaría en precisión e información y su aplicación en la vida diaria se convirtió en algo necesario. Pero no todos los mapas se debían a la necesidad y pericia de pilotos, geógrafos, almirantes y exploradores. Una parte importante se puso en función de complementar la aridez de conflictos diversos, sobre todo los relacionados con posesiones de tierras; empleándose como parte del proceso pericial necesario para demarcar, separar y cuantificar.

ALGUNOS EJEMPLOS. Primeramente veamos la impronta dejada por los pleitos o litigios de carácter personal e institucional. Un cenobio solía tener importantes posesiones fuera de sus muros. Cada cierto tiempo se efectuaban los conocidos censos, que no eran más que registros de estas propiedades, priorizándose la rectificación y control de lindes y dimensiones. Los amojonamientos, proceso a través del cual quedaban delimitadas las fronteras, se hacían utilizando técnicas rudimentarias. Ocasionalmente una cerca, montículos de piedras o cualquier otro material, accidentes del terreno, en fin, todo aquello que sirviera como georeferencia. Cuando los litigantes tenían cierta solvencia económica podían contratar los servicios de un dibujante, que vertía sobre el soporte elegido (papel, pergamino, etc.) su visión de la zona en querrela. Algunos de estos mapas destacan por su sencillez y esquematismo, en otros se aprecia una evidente



Mapa de los términos municipales de Villagonzalo Pedernales y Renuncio en el año 1758.

R. Chancillería de Valladolid

intención artística.

Otros mapas se dedican a contenidos geopolíticos. Muestran grandes extensiones geográficas, divisiones entre provincias, condados, culturas. Líneas destinadas a proteger, cualificar y separar. En este sentido no debemos perder de vista su función como uno de los más sensibles vehículos empleados para redimensionar el lugar donde nos insertamos, identificar lo ajeno de lo propio y conseguir un perfil exterior, capaz de ser aprehendido por el medio social específico, implantándose de forma inequívoca, perfectamente discernible y compatible.

En la era de Internet, cuando con un clic nos transportamos por medio mundo, parecen insignificantes y risibles las cartas elaboradas por antiguos cartógrafos. Resulta extraordinario como se podían entender con esa falta de precisión, pero lo cierto es que los mapas siempre sirvieron para guiarse, buscar y encontrar el camino deseado, único en su esencia, y con eso la función básica estaba cumplida.

Una parte importante de las localidades de la provincia de Burgos se ha perdido y transformado. Jirones de vidas encapsuladas en esa particular arca que es un mapa; elaborado en un momento específico, finito, y que recogió no solo las habilidades e intereses de su creador, sino toda una porción de la vida de los hombres que habitaban esa coordenada crono espacial.

Cuando nos asomamos a estos antiguos planos, asistimos a representaciones plásticas y cartográficas de pueblos olvidados, irreconocibles, pero que forman parte de la Historia y cultura burgalesa. Son mapas que cumplieron su cometido y en la actualidad, desbordando la finalidad para la cual fueron concebidos, tienen la bondad de abrir puertas y tender puentes en virtud de recordarnos nuestra procedencia.